

4º domingo de Cuaresma C/2013

Todas las lecturas de este cuarto domingo de cuaresma nos hablan de la misericordia y de la compasión de Dios. Nos muestran la grandeza de corazón de Dios que nos perdona incondicionalmente por amor a nosotros.

La primera lectura nos describe la entrada del pueblo de Israel en la tierra prometida. El paso en el desierto y el hambre y la sed que han terminado. Ahora que la promesa se ha realizado, los hebreos están en su propia tierra. Pueden celebrar la Pascua del Señor y comer los frutos que produce la tierra.

Pero antes de llegar a la tierra prometida, los Israelitas tuvieron que sufrir la esclavitud en Egipto y las condiciones difíciles al cruzar el desierto. Esta situación fue tan difícil que el pueblo faltó al cumplimiento de la alianza con Dios. Pero aun así Dios nunca los abandono. El los amó tanto que les perdonó todos sus pecados.

Este texto nos ayuda a entender mejor el mensaje del evangelio de hoy en cual Jesús rechaza el legalismo de los fariseos y los escribas. De hecho, los escribas y los fariseos critican a Jesús porque da la bienvenida a los pecadores. Primero, Jesús los confronta mostrándoles que Dios siempre da una segunda oportunidad a aquellos que se equivocan en su vida. Por eso, acogió a los recaudadores de impuestos y pecadores independientemente de su reputación.

Para los fariseos, no podemos mantener una relación con los pecadores. Para Jesús, al contrario, Dios ama realmente a todos estos pecadores. Lo que él quiere es sólo que se conviertan y cambien su situación pecadora.

Esta es la razón por la cual nos habla de la parábola del hijo perdido. En esta parábola, el hijo más joven representa a los pecadores. El hijo mayor representa a los Fariseos y los escribas que se consideran santos. El padre representa a Dios.

El punto de la parábola está en el amor del padre que no cuenta el mal que su hijo más joven ha hecho. Y hasta le prepara un banquete grande cuando vuelve. Este episodio es un drama que muestra por una parte la discrepancia entre la tontería humana y el perdón de Dios.

Imaginemos un hijo que reclama su parte de la herencia mientras su padre está todavía vivo y se marcha para malgastar su dinero. Humanamente hablando, podemos decir que tal hijo considera a su padre como ya muerto de modo que él quiere no sólo deshacerse de él, sino también mostrarle que no cuenta más en su vida. Pero, es aquí que la grandeza del amor del padre se hace evidente. No sólo él perdona y da la bienvenida al hijo cuando regresa, sino le celebra con una fiesta.

Así Dios actúa con nosotros. Como el padre que no impidió al hijo tomar una decisión equivocada para su vida, Dios nos deja libres para hacer lo que queramos con nuestra vida. Por esta razón, somos responsables de nuestra vida y de la miseria que llegue a nosotros cuando tomamos decisiones equivocadas.

La consecuencia de todo esto es que como el hijo más joven que abandono la casa de su padre y sintió hambre y miseria, así nos pasara a nosotros cuando abandonemos a Dios y nos alejemos de Él. Sin embargo, aunque nuestros pecados nos alejan de Dios,

Dios continúa amándonos. Esta siempre dispuesto a perdonarnos cuando nos arrepentimos y volvemos a él con todo nuestro corazón.

Esto es el sentido de la cuaresma. En el tiempo de la cuaresma, Dios nos ofrece una segunda oportunidad para volver a él. Por eso, en la parábola, el padre dio la bienvenida al hijo más joven sin hacer ni una sola pregunta sobre lo que él hizo con su herencia. Él no lo condenó por lo que hizo, sino que se alegró cuando regreso a casa sano y salvo.

El evangelio dice también que cuando el hijo mayor oyó la música y la celebración para su hermano, se puso triste y discutió con su padre. Esto significa que nunca había perdonado a su hermano de haber dejado la casa. Nunca había entendido que su fidelidad a su padre era una gran bendición. Lo que todo esto significa es que cuando algunas personas están perdidas y regresan a Dios, debemos alegrarnos y darle gracias a Dios.

Con todo esto comprendemos porque San Pablo dice en la segunda lectura que: “somos embajadores de Cristo; y por nuestro medio, es Dios mismo el que los exhorta a ustedes. En nombre de Cristo les pedimos que se reconcilien con Dios”. Hagamos de este tiempo de Cuaresma un tiempo de gracia para cambiar nuestras vidas. No perdamos la oportunidad de hacer la paz con Dios, con nosotros mismos, con nuestros semejantes. Si usted se considera como “hijo pródigo” “o el hijo honrado”, tenemos que reconciliarnos, y este es el tiempo para hacerlo.

Para los que están siempre dentro de la iglesia, den gracias a Dios por su fidelidad. De hecho, nuestra fidelidad nunca puede ser usada para excluir a la gente que se acerca a Dios como si nosotros fuéramos los únicos que merecen ser considerados como hijos de Dios. Del mismo modo, los que abandonaron la iglesia y vuelven a la fe, deben ser aceptados con alegría.

Practiquemos la justicia del padre basada en el amor. La justicia del amor siente cariño por lo que alguien necesita para su salvación. Por eso el padre perdona sin condiciones. Este es un mensaje de consolación para los que están triste con remordimiento y culpa por lo que han hecho en el pasado. La verdad es que Dios los ama y los perdona. Porque Dios nos perdona, perdonemos unos a otros. Aprovechemos este tiempo de cuaresma par acércanos a Dios. Que Dios los bendiga a todos!

Josué 5, 9. 10-12; 2 Corintios 5, 17-21; Lucas 15, 1-3. 11-32



Hecha de la Homilía: 10 de marzo 2013

© 2013 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase de contacto: www.mbala.org

El nombre del documento: 20130310homilia.pdf